

HMB 7092 403

CARAS Y CARETAS

p-4

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

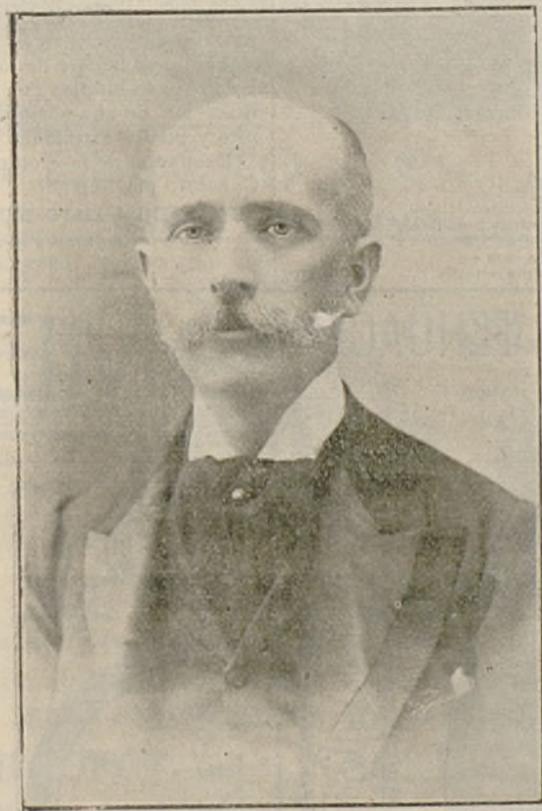
8224

Año I

México. Mayo 31 de 1902

Núm. 5

RETRATOS CONTEMPORANEOS



SR. LIC. D. JOSE YVES LIMANTOUR

Ministro de Hacienda

LA NUEVA INDUSTRIA

A. Mestas y Cia.

Segunda calle de la Monterilla núm. 9
Apartado, 967

Gran Fábrica de Camas de Latón y Hierro
Estilo Inglés y Americano

Cuarenta por ciento más baratas que
las extranjeras



Pero mira Nicolás
De Mestas un catre quiero,
Con las esquinas fundidas,
—Al punto serán cumplidas
Esas órdenes luce o
Aho a esa cama ten irás.

A los Señores

Ingenieros, Arquitectos y Constructores

Para ejecutar sus obras con el mejor de los Cementos, empleen siempre el que fabrica la

Compañía Industrial de Cemento Privilegiado
puesto que la clase «extra» da una resistencia mínima a la tensión, de 55 kilos por centímetro cuadrado á los siete días, y el mortero compuesto de tres partes de arena por una de cemento, da una resistencia mínima á la presión de 1700 libras por pulgada cuadrada.
Háganse pruebas para convencerse.

Referencias: obras ejecutadas y obras que se ejecutan actualmente con el cemento fabricado por esta Compañía: Saneamiento de México.—Casa de los Sres. Roberto Boker y Cia. —Nuevo Edificio de Coos.—Palacio Nacional.—Gran Teatro Nacional. Pavimentación de calles de la Ciudad por la Barber Asphalt Co.—Hospital General de la Nación y otras de gran importancia.

También la casa de los SRES. QUINTANA HEMANOS lo emplea con gran éxito en la fabricación de sus afamados Mosaicos, granito y piedra artificial.

Despacho de la Compañía Industrial de Cemento privilegiado.

COLISEO VIEJO NUM. 7. MEXICO

APARTADO 553

DE VENTA EN TODAS LAS FERRETERIAS

AGUAS DE TEHUACAN

De venta
En todas las cantinas y Droguerías



Unico Deposito, Cantina "La América"
Av. Juárez, esquina callejón de Dolores
Teléfono. 1588

Exijase smpre la marca CRUZ ROJA

OMEGA

Reloj de Precisión

Oro, Plata, Acero
y Niquel en todos
tamaños:

EL OMEGA
es de una Precisión
que ningún reloj de
igual precio puede
alcanzar hasta la
fecha.

Agentes en México,
Schreiber y Cia., 1a. Plate-
ros, 4

LA VIOLETA

Joyería y Re-
lojería.

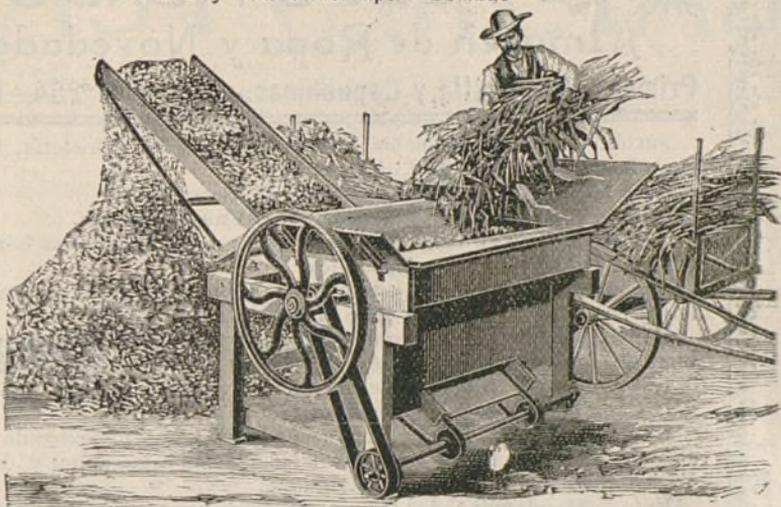


Maquinaria para la Agricultura

Trilladoras "Búffalo Pitts."--Segadoras "Plano."--Molinos de Viento.--Trapiches para Caña
Calderas y Motores de vapor.--Bombas

Empacadoras
de Pajas
-WHITMAN-
Máquinas
para aserrar
madera, etc.,
etc.

Picadoras de
rastrojo
Sembradoras
Cultivadoras
Molinos para
maíz y olote
etc., etc.,



Valentin EL C O R O y Cia., S. en C.

México y Guadalajara



GRAN FABRICA
DE PUROS
Almacén de
TABACO EN RANA.
Apartado postal núm. 457.
TELEFONO NUM 430
MEXICO.



NUESTROS PUROS
SON LOS MEJORES
POR SU
BUENA CALIDAD y AROMA
Sultieres y BARRERA
DUEÑOS
VERACRUZ
MEXICO



Deposito General: Plazuela del Salto del Agua, Portal del Prado 1.

MEXICO

Los puros de Esta marca se fuman ya por todas las personas de buen gusto.

Probados los

Emperadores. --- Regalía Española
Caramelos de Alfonso XIII. --- Flores Raras.

Las "Victorias de Colón" que elaboramos, compiten con las mejores del país por su calidad, y su precio es excesivamente más bajo que el de cualquiera otra.

EL NUEVO MUNDO

Almacén de Ropa y Novedades
Primera Monterilla y Capuchinas.--Apartado, 254.--Mexico

Surtido general de todos los artículos de Ropa, Bonetería, Sedería, Novedades y Artículos de Lujo.

Grandes novedades para la estación de Verano.

Nuevos surtidos en telas blancas para el mes de María.

Nuestro surtido en telas blancas de lino y de algodón, tiras bordadas y encajes, es el mejor de la República.

Acabamos de recibir un surtido extensísimo en paraguas y sombrillas impermeables y mangas de hule impermeables.

Depósito general en la República de los celebrados corsés

W. B. 

Los corsés W. B. por su elegante forma y buena calidad no tiene rival. Cada corsé lo vendemos garantizado.

El corsé recto W. B. es el más cómodo y el más higiénico de cuantos existen. Las principales eminencias médicas de esta capital y de Nueva York lo recomiendan muy especialmente.

Nota.—Mandamos todas las muestras que nos pidan. Bemltimos franco de porte todos los pedidos mayor de \$23.09, cuyo peso no exceda de 15 kilos.—PRECIOS FIJOS.—B. Rovés y Cia., Sucs.



Si Usted sufre de los CALLOS

Es por que le da la gana.

\$1.00

no es ningún capital. Mandenos Vd. esa cantidad y le mandaremos en seguida un frasco del CALLICIDA que le hará desaparecer los callos de raíz.

Es bien conocido nuestro Especifico y Ud. nos agradecerá la recomendación

Depósito general del CALLICIDA INFALIBLE Droguería de la profesa de J. Labadie Sucs.

En Tacubaya: Botica de Cartagena

Precio del pomo, UN PEQs

Para los Estados se remite por Express indicando el punto más próximo a recibirlo \$1.25 sellos de correo.

CARAS Y CARETAS

SEM ANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

BENJAMIN VILLALOBOS

REDACTOR

Año I.

México, Mayo 31 de 1902

Núm. 5.

NIÑERIAS

Para mis sobrinos.

PIENSO, como Galdós, que los niños alegran la vida: las pocas alegrías que he tenido en la mía; á ellos se las debo, y á . . . ya lo diré otra vez.

Hablo de los niños que lo son, porque creo que hay muchos hombres que nunca lo han sido; y entre aquellos me gustan los traviosos, siempre que revelen algo de ingenio en sus travesuras.

Con los niños he pasado muy buenos ratos; me gusta verlos reir con risa franca, espontánea, son . . . á pulmón lleno; como se ríen los niños y algunas mujeres: explosión de sincera alegría con que ellos nos contagian y alegran; al revés de lo que nos sucede con los hombres, que casi siempre que ríen nos dejan resquemores en las entrañas. Y es porque entre éstos hay muchas clases de risas; mientras que en aquéllos la risa, es risa y nada más.

Otras veces he oído las quejas que me exponían los pobrecitos, entre suspiros y lloriqueos; cuando hubo azotaina materna y los tocó algo en suerte.

—¿Quieres que le peguemos á mamá?

—Sí, sí; es *mu* mala

Desde niños desean ya saborear el placer de la venganza, y me lo explico. ¡Como que nunca se goza más que cuando se apabulla á un adversario de un puñetazo!



Y al decir eso, demuestro que soy partidario de la venganza material, ó sea á trompazo limpio: las otras me parecen demasiado platónicas é indirectas. En materia de palos no debe haber intermediarios; que se las componga el interesado como pueda: si tiene la suerte de pegar, que goce; y si está de malas y recibe, que *almacene* rabia y que arremeta otra vez: el caso es pegar.

Pero veo que me he salido de mi asunto.

Vuelvo á los niños. Si la Sociedad se compusiera de niños, esto es, si fuera sincera, yo sería uno de los primeros en frecuentarla; pero me tengo que conformar haciendo solitarios en mi cuarto de soltero, ó entreteniéndome mis ocios en seguir los espirales que brotan de mi cigarrillo, llevándose á veces entre sus volutas, alguna que otra ilusión recién nacida en mi cerebro, y que al calor de la razón se convierte en humo, como el tabaco que arde en el cigarro: de éste queda la ceniza; de aquéllas, los desengaños.

Si no hubiera encontrado una mujer con alma de niño, no me habría enamorado nunca; pero la encontré y

Quedamos en que los niños alegran la vida de los hombres. Ya nos la entristecerán cuando ellos lo sean.

A. M. ACOSTA.

CERCA DE UN MUERTO

SE iba muriendo como mueren los tísicos. Todas las tardes, á eso de las dos, le veía sentarse bajo las venas del hotel frente al mar en calma. Al calor de los rayos del sol, quedábase inmóvil algunos instantes contemplando tristemente el Medite-



ráneo. A veces dirigía una mirada á la montaña de cumbres vaporosas que domina á Mentón. Después cruzaba muy lentamente sus largas piernas, tan delgadas que parecían dos huesos sobre los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces dejaba de moverse y leía, leía, con la vista, con el pensamiento. Todo su pobre y expirante cuerpo parecía leer. Toda su alma, se hundía, se ocultaba, desaparecía en este libro hasta la hora en que el aire fresco de la caída de la tarde le hacía toser.

Era un alemán, alto, de barba rubia. Comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Extraña curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté á su lado, también con un libro, para disimular, un libro de poesías escrito por Musset, y me puse á repasar "Rolla."

De pronto, mi vecino, en correcto francés me preguntó:

—¿Sabe usted alemán?

—Ni una palabra, caballero.

—Lo siento. Ya que la suerte nos pone el uno al lado del otro, le hubiera prestado y hubiera visto una cosa de inestimable valor.

—¿Qué es ello?

—Un volumen de mi maestro Schopenhauer, anotado de su puño y letra. Todo el

margen, como ve usted está cubierto con su escritura.

Cogi el libro con respecto y contemplé aquellos rasgos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de ilusiones que haya vivido en la tierra.

* * *

Los versos de Musset acudieron á mi memoria.

¿Dors-tu content, Voltaire, et ton hidenx sourire
Voltige-t-il encore sur tes os dechárnés?

E involuntariamente comparaba el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire, con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia quedará para siempre indeleble.

Aunque proteste ó se enoje, se indigne ó se exalte, la humanidad fué marcada por Schopenhauer con el sello de su desdén y desencanto.

Gozador desengañado, destruyó las esperanzas, las creencias, las poesías, las quimeras, las aspiraciones; arrebató la confianza de las almas, mató el amor, abatió el culto ideal de la mujer, deshizo las ilusiones del corazón, llevando á cabo la obra más gigantesca que escéptico alguno haya concebido. Nada perdonó su burla y todo se desplomó ante ella. Hoy mismo, aún aquellos que le execraban, parece que llevan en el espíritu partículas de su pensamiento.

—¿Trató usted particularmente á Schopenhauer?—pregunte al alemán.

—Hasta su muerte—me dijo con tristeza.

Y me habló de él contando la impresión casi sobrenatural que causaba este ser extraño á cuantos se le acercaban.

También me refirió la entrevista del viejo destructor con un político francés, republicano doctrinario que quiso conocer á este hombre y lo halló en una bulliciosa cervecería, rodeado de sus discípulos, seco, lleno de arrugas, riendo con una risa inolvidable, mordiéndolo y desgarrando creencias é ideas, como el perro desgarrá de una dentellada los trapos con que juega.

Y me repitió la frase que este francés dijo al marcharse desprovisto:

"Creí pasar una hora con el demonio."

Y tras breve pausa agregó:

—Sí, caballero, quel hombre tenía, en efecto, una horrible sonrisa, que aún después de muerto nos daba miedo. . . . Es una anécdota desconocida, que puedo contarle si le interesa.

* * *

Y con una voz fatigosa, interrumpida de vez en cuando por los golpes de tos, comenzó.

—Schopenhauer acababa de morir, y decidió que nosotros le velásemos alternativamente, de dos en dos, hasta la siguiente mañana.

Yacía acostado en un cuarto espacioso, sencillo y obscuro, alumbrado por dos velas colocadas sobre una mesita á la cabecera del lecho.

Serían las doce de la noche cuando me tocó entrar de guardia con uno de mis compañeros. Los dos amigos á quienes reemplazábamos salieron, y, fuimos á sentarnos al pie de la cama.

La cara no había cambiado, reía, pareciéndonos que iba á abrir los ojos, moverse, hablar. Aquella arruga que tan bien conocíamos, aún se dibujaba vigorosamente en los rincones de los labios. Su pensamiento, ó mejor dicho sus pensamientos, nos envolvían más que nunca dentro de la atmósfera de su genio, sintiéndose totalmente poseidos é invadidos por él. Su dominación era para nosotros todavía más soberana después de muerto. Un misterio se mezclaba indudablemente en el incomparable poderío de su espíritu.

El cuerpo de estos hombres desaparece, pero ellos quedan, y en la noche que sucede al último latido de su corazón.... créame usted, caballero, ¡son horrendos!

Y muy bajito hablábamos de él, recordando sus frases, sus fórmulas, esas máximas sorprendentes que parecen luces arrojadas en las tinieblas de esta gran incognita, la vida.

—Parece que va á hablar— dijo mi compañero, y con una inquietud que rayaba en miedo, mirábamos aquel rostro inmóvil y siempre sonriente.

Poco á poco nos íbamos sintiendo incómodos, desfallecidos.

—No sé que tengo—dije;—pero te aseguro que no me encuentro bien.

Y nos apercebimos que el cadáver olía mal. Entonces mi compañero propuso que nos trasladásemos á la habitación contigua, dejando la puerta abierta y acepté.

Cogí una de las velas que lucían sobre la mesa y nos fuimos á sentar al extremo opuesto de la otra habitación, desde donde veíamos perfectamente, la cama y el muerto.

No bastó la distancia para amortiguar nuestro desasosiego; cualquiera hubiera creído que su ser inmaterial, libertado, todopoderoso, vagaba en torno nuestro. También á veces el olor asqueroso de aquel cuerpo en descomposición llegaba hasta nosotros penetrante y vago.

De repente un escalofrío nos traspasó los huesos; en la habitación del muerto había

sonado un pequeño ruido. Dirigimos rápidamente nuestras miradas hacia él, y vimos, si caballero, vimos perfectamente algo blanco que corría sobre la cama, caía al suelo y desaparecía por debajo de una butaca.

Antes de haber podido pensar en nada, estuvimos de pie, locos de terror, de un terror estúpido, y dispuestos á huir. Después nos miramos. Estábamos horriblemente pálidos. Los latidos de nuestro corazón se notaban por encima de la ropa. Hablé el primero.

—¿Has visto?

—Sí.

—¿Será que no ha muerto?

—¡Pero si empieza la putrefacción!

—¿Qué hacemos?

—Ir á ver—dijo mi compañero titubeando.

Cogí la vela y entré registrando con la vista la espaciosa habitación de oscuros rincones. Nada se movía. Me aproximé al lecho. Estupor y espanto indescriptibles se apoderaron de mí. ¡Schopenhauer no reía ya! ¡Hacía un gesto horrible! Su boca estaba apretada y sus mejillas profundamente hundidas.

—¡No está muerto!—dije temblando.

Pero el repugnante olor me subió á las narices, sofocándome. Despavorido, como en presencia de una aparición, me quedé inmóvil mirándome fijamente.

Entonces mi compañero que había cogido la otra vela se inclinó. Luego, sin decir palabra me tocó en el brazo. Seguí su mirada... En el suelo, debajo de la butaca, destacándose sobre la obscura alfombra y abierta como para morder, yacía la dentadura postiza de Schopenhauer.

La descomposición había aflojado las mandíbulas, haciéndola saltar de la boca.

—Aquel día tuve verdadero miedo, caballero.

Y como el sol se aproximaba al mar res-



plandeciente, el alemán tísico, se levantó, me saludó y regresó al hotel.

Traducción de B. Rico

GUY DE MAUPASSANT.

CARTAS DE MUJERES

AUNQUE no lo habrás olvidado, te recuerdo que mañana estás convidada á pasar el día conmigo. No dejes de venir temprano. Tenemos que charlar mucho. Aquel caballero se atrevió por fin, como se esperaba. No parece tan tonto como creíamos. Es muy juicioso y habla con formalidad de casarse. Pero, con todo, no me conmueve; en cambio, el otro tuno me da muy malos ratos. ¡Estoy furiosa conmigo! Mamá tiene razón; pero ¿qué le he de hacer? Como cantan en *Carmen*: «Al que me quiere, yo no le quiero. . . .» Siempre pasa lo mismo. En fin, hijita, estoy tan harta, que si esto sigue, me dejaré querer y me casaré sin cariño, y trampa adelante. Acaso sea lo mejor, porque cuando una quiere de veras, todo son disgustos.

Hasta mañana. No faltes, alma mía.

IV

¡Mal hombre! ¡Más que mal hombre, que me veo por tí de esta manera y no eres para venir un día ni para mandar un recado; y ya sé que estás bueno, que te han visto de borrachera y de bullanga, como siempre, que se necesita no tener corazón ni conciencia, pues nunca creí recibir este pago! Todos los días esperándote á la hora de la visita. Te mandé recado con la celadora, y tú como si nada tuvieras que ver conmigo. Pues te aseguro que te has de acordar, que esa no es acción de persona humana, y la tengo clavada en el alma. Por tí me veo en este sitio y paso esta vergüenza. Bien tranquila vivía yo, ganándome la vida honradamente, hasta que te conocí y me trajiste á este precipicio. Por tí soy ladrona, por tí estoy perdida y por tí vendré otra vez aquí, pero para ir al palo, porque por la salud de mi madre, que te has de acordar. Ya no quiero pedirte favores, ni quiero que vengas, ni verte en mi vida. Otro que tú andaría buscando empeños para ver de sacarme lo mejor posible. Ayer estuvo á verme el abogado, y ya sabes lo que es la curia; como una es pobre, no se toma interés ninguno. Parece un buen señor, y si tú le hablaras y viera que hay quien dé la cara por mí, se tomaría más interés. Ya sabes que la *Marciana* me debe cerca de una onza, y ahora puede muy bien dártela, que ha vuelto con el *Quico* y todo la sobra. Á ver si no dejas de hacerlo, y vienes á decírmelo y á verme, y no hagas caso de lo que te dije antes, que ya sabes mi genio; pero es que me duele verte tan imparcial conmigo, cuando sabes que yo doy por tí la sangre de mis venas si llega el caso. Adiós; que no te olvides de eso ni de ésta que lo es tuya.

P. D.—Tráeme algún libro que me interese.

II

Papá y mamá me encargan que te diga que llegó el hermanito. Llegó ayer por la mañana, muy colorado y dormido, y todavía no se ha despertado; pero se conoce que sueña y llora mucho. Dice papá que te diga que yo le quiero mucho, y voy á ser su madrina y á regalarle los juguetes que no me sirvan; y eso que tengo muy pocos y todos me sirven; pero cuando tú me mandes otros nuevos, le daré los que tengo ahora; aunque como es niño no le van á gustar. Ya te mandaré dulces del bautizo. También voy á bautizar á la muñeca que me mandaste. Muchos besos de todos y míos también. Tu nieta.

III

Perdona, hijo, pero no es cosa para escribirme de esa manera. A última hora tuve unos dimes y diretes con Gonzalo, me sofocó y se me quitó el humor de bromas. La tonta de Paca no quiso ir sola ó con la francesa, y por eso fué el daros plantón. Bastante lo sentí, y otra vez será; pero no me echés en cara el gasto de la cena, que más perdí yo la otra noche por andar á brazo partido



¡CIELO MÍO!

ESAS dos palabras que, encerrando todo un poema de pasión y de ternura, figuran en primera fila, entre el inmenso repertorio de las frases del género cursi, dirigía la otra mañana, á tiempo que yo cruzaba una callejuela de la capital, cierto joven molletudo, con blusa y boina, á una *Menegilda* colorada y rechoncha, que llevaba una cesta en el brazo, y escuchaba con inocentona sonrisa los tiernos floreos de aquel Tenorio, también del gremio de sirvientes.

Al escuchar cuando junto á ellos pasaba, el apasionado *¡cielo mío!*, despertó mi curiosidad tan acaramelada frase, que no corres-



pondía á lo vulgar y prosaico del que la pronunciaba, y, entonces, movido por una curiosidad irresistible, fijéme con cierto disimulo en aquel par de tórtolos que, abstraídos con su amor, ni reparaban en los que pudieran observarles, ni el tiempo que invertían en su coloquio, causando seguramente la indignación de sus respectivas amas.

Bajo la tapa de la cesta que la muchacha llevaba en el brazo izquierdo, asomaban como si quisieran escuchar la conversación, algunos repollos y cebollas, y en la mano derecha tenía la enamorada *Maritornes* una jarra de porcelana, cuyo contenido no era difícil adivinar, á aquellas horas en que el chocolate, partido en pequeños trozos, espera en las cocinas la llegada del jugo lácteo en que ha de disolverse.

El Tenorio de blusa llevaba debajo de un

brazo y apoyándole en la cadera, un panzudo talego blanco, repleto, sin duda alguna, de hortalizas, y las manos coloradotas y abultadas de aquellos apasionados amantes denunciaban la existencia de los mortificantes sañaños.

Aquel idilio, entre berzas y coliflores; aquel *¡cielo mío!* dicho con tanta ternura entre un ambiente de perejil y cebolla, daba á la feliz pareja cierto aspecto ideal y poético dentro de lo vulgar y prosaico de sus tipos y de los comestibles de que eran portadores.

Como, yo que por propensión de mi espíritu, voy buscando en todo el lado cómico, cuantos hubieran escuchado y visto aquella pareja, habrían prorrumpido en una carcajada ruidosa; y sin embargo, ¿quién les dice á ustedes que los corazones que albergaban el Romeo y la Julieta de fregadero, no eran capaces de sentir con la misma delicadeza y con igual intensidad que los de aquellos amantes que eternizaron sus nombres en la historia del amor platónico?

Tan hechos estamos á convencionalismos y rutinas que no concebimos una pasión profunda y un cariño ideal y puro; cuando la escena y los personajes no corresponden á personajes y escenas que nos describen nuestros románticos melenudos.

¿Cuántas veces el molletudo juancho y la rechoncha *Menegilda*, lanzarán frente al fogón, entre las espirales de humo del aceite frito, suspiros amorosos, reveladores de una alma sencilla, capaz de albergar todas las delicadezas del cariño más hondo?

¡Cielo mío! Les confieso á ustedes que muchas veces, al recordar estas palabras y el aspecto del que apasionado las pronunciaba y de aquella á quien se dirigían, envidio la fuerza poderosa de imaginación del enamorado joven de la blusa que, frente á una cara redonda y achatada y oliendo á perejil y cebolla, concibe un cielo que le sonrie entre berzas y coliflores.

Pongan ustedes á aquel muchacho frente á una belleza ideal y soplándole un poco la musa y lo que dijo un truhan mozalbeta que marchaba junto á mí, en el momento en que á mis oídos llegó aquel apasionado *¡cielo mío!*

—; Jesús que finístico! ; Ni el Becker!

JOSÉ RODAO.



EL PAÑUELO AZUL

EXIGENCIAS del comercio á que mi padre estaba dedicado en Barcelona, de-de su juventud, le obligaron á hacer numerosos viajes á Francia, y en casi todos ellos ocurriéronle incidentes de diverso género y presencié espectáculos de esos que difícilmente se borran de la memoria, y que luego, cuando la nieve de los años enfrió su sangre y amortiguó su actividad, nos refería al amor de la lumbre, durante las largas veladas del invierno.

Muchos de sus relatos quedaron en mi



memoria de una manera indeleble; pero ninguno me causó tanta impresión como el siguiente:

«A fines del mes de Octubre del año de 184... volvía yo á pie de Orleans al castillo de Bardy; y comoquiera que ante mí iba un regimiento de la guardia extranjera, apresuré el paso para oír la música militar, que siempre me ha agradado extraordinariamente; pero la música permanecía silenciosa, y sólo, de vez en cuando, algunos redobles de tambor marcaban el uniforme paso de los soldados.

«Al cabo de media hora de marcha, vi entrar al regimiento en una pequeña llanura rodeada de un bosque de abetos, y pregunté á un capitán, conocido mío, si iban á hacer el ejercicio.

«—No, me dijo; se va á juzgar y á fusilar probablemente á un soldado de mi compañía, por haber robado al patrón en cuya casa se alojaba.

«—¿Cómo!—exclamé.—¿Van á juzgarle, á condenarle y á ejecutarle en este mismo momento?

«—Sí, contestó; así lo mandan las ordenanzas.

«Esta frase no tenía réplica para él, como si todo se hallase previsto en las ordenanzas aquéllas, la falta y el castigo, la justicia y la humanidad misma.

«—Si queréis, añadió el capitán, podéis presenciar el suceso. Os aseguro que no será cosa larga.

«La curiosidad dominó en mí, todo otro sentimiento. Además, imaginéme que en el rostro de un hombre que iba á morir aprendería lo que era la muerte.... y me esperé.

«El regimiento había formado el cuadro; detrás de la segunda línea, y junto á la linde del bosque, varios soldados cavaban una fosa, mandados por un subteniente.

«En el centro del cuadro habían tomado asiento sobre tambores ocho oficiales; á la derecha, y algo avanzado, otro oficial escribía algunas palabras sobre sus rodillas, pero con negligencia y simplemente para que no se matase á un hombre sin ciertas fórmulas.

«Llamóse al acusado, que era un joven de elevada estatura, simpático de rostro y de aspecto, y con él se adelantó una mujer, único testigo llamado á declarar sobre el asunto.

«Cuando el coronel quiso interrogarla, dijo el soldado:

«—Es inútil; voy á confesarlo todo: he robado un pañuelo á esta señora.

«—¡Vos, Piter! ¡Siempre habéis tenido buena fama!

«—Es verdad, mi coronel. He cumplido siempre con mis deberes y he tratado de tener contentos á mis jefes.... No he robado para mí, sino por María.

«—Y ¿quién es esa María?

«—¡María!.... La que me espera en mi pueblo.... cerca de Areneberg.... donde hay aquel gran manzano.... ¡Ya no la veré más!

«—No os comprendo, Piter, explicaos, dijo el coronel en tono afable, no exento de tristeza.

«—Pues bien, mi coronel, tomaos la molestia de enteraros del contenido de esta carta.

«Y le entregó un papel, que, poco más ó menos, decia lo que vais á oír:

«Mi querido Piter:

«Aprovecho la ocasión de la marcha del recluta Arnoldo que se ha alistado en tu regimiento para remitirte esta carta y un bolsillo de seda que he hecho para tí, ocultándome de mi padre, que me riñe siempre por lo mucho que te quiero y dice que no volverás. ¿Verdad que se equivoca? Y luego, aun cuando no volvieras nunca, yo continuaría amándote, pues nos prometimos el día en que tú recogiste mi pañuelo azul para entregármelo, en el baile de Areneberg. ¿Cuándo te volveré á ver? Lo que me agrada mucho es que me han dicho que tus jefes te estiman y tus compañeros te quieren. . . . Pero todavía tienes que servir dos años. Dios quiera que pasen pronto y entonces nos casaremos.

«Adiós, querido Piter, cuenta siempre con el acendrado cariño de

«Tu

«*María.*

«*Postdata.*—Procura también enviarme algo de Francia, no por miedo de que te olvide, sino para llevarlo conmigo. Besarás lo que me envíes, y estoy segura de que encontraré en seguida el sitio en que hayas dado el beso.»

«Terminada la lectura de aquella carta, cuya sencilla ingenuidad me conmovió, Piter toinó de nuevo la palabra.

«---Arnoldo---dijo---me entregó esta carta por la tarde, cuando se me dió mi boleta de alojado. En toda la noche pude dormir pensando en mi pueblo y en María. . . . Pedíame ella alguna cosa de Francia y yo carecía de dinero, pues tengo empeñado mi prest durante tres meses, para mi hermano y mi primo, que han vuelto al pueblo hace algunos días. Esta mañana, al levantarme para marchar, he abierto la ventana y he visto un pañuelo azul, colgado de una cuerda y muy parecido al de María: los dos son del mismo color y tienen las mismas rayas blancas. . . . Hé incurrido en la debilidad de cogerlo y meterlo en mi morral. . . . Al bajar á la calle estaba ya arrepentido y me disponía á volver á la casa para devolverlo, cuando se ha presentado, quejándose, esta señora y se me ha encontrado encima el pañuelo: esta es la verdad pura. . . . Ya sé que las ordenanzas mandan que se me fusile. . . . ¡Fusiladme, pues, pero no me despreciéis!

«Los jueces no podían ocultar su emoción. Sin embargo, cuando se trató de votar, Piter fué condenado á muerte por unanimidad.

Oyó la sentencia con la mayor serenidad y luego acercándose á su capitán, le suplicó que le entregase cuatro francos.

«El capitán se los dió, y le vi en seguida dirigirse á la mujer á quien habian devuelto el pañuelo azul, á la cual dijo las siguientes palabras:

«---Señora, aquí tenéis cuatro francos: no sé si vuestro pañuelo vale más; pero, aunque así sea, me parece bastante caro para que me perdonéis el resto.

«La mujer le entregó la prenda, arrepentida tal vez de lo que habia hecho, lo cual no fué obstáculo para que tomase los cuatro francos.

«Piter besó el pañuelo y, entregándolo á su capitán, dijo:

«---Mi capitán, dentro de dos años volveréis á nuestras montañas; si vais del lado de Areneberg, preguntad por María y entregadle este pañuelo azul; pero no le digáis lo que me ha costado!

«En seguida se arrodilló, rezó fervorosamente y marchó con paso firme al sitio de la ejecución.

Una hora después volvi á pasar por aquellos sitios. El regimiento se habia alejado; todo estaba tranquilo; pero, al ir por el lindero del bosque para llegar al camino, vi á



pocos pasos ante mí algunas manchas de sangre y un espacio de tierra recientemente removida. Cogí una rama de abeto, formé con ella una cruz y la clavé sobre la tumba del pobre Piter, olvidado de todo el mundo excepto por mí. . . . y acaso por María.

Luis NUÑEZ.

COMO USTED LO DIGA

ANTES se creía que el pensar era algo así como un honesto pasatiempo de gente ociosa; algo que requería tanta energía como la necesaria para rascar-se ó para fumar, tendido de espalda, un buen cigarro. Pero hoy en día, gracias á la fisiología experimental, se sabe y se prueba matemáticamente que el pensar con cierta intensidad ocasiona un desgaste físico, por lo general, más intenso en igualdad de tiempo que el trabajo muscular.

Sólo después de conocer esta verdad científica, puede uno explicarse por qué, en general, es mucho más fácil y corriente, creer que dudar. Naturalmente para dudar es menester raciocinar, discutir, comparar, es decir, pensar, ó en otros términos, trabajar, y la humanidad fué siempre inclinada al *dolce far niente*; mientras que para creer, así no más porque sí, basta tener buena voluntad, ó más bien dicho, no tenerla, buenas tragaderas y buen estómago, á más de ser un ocioso por temperamento. Si el lector no se opone, podríamos descartar la cuestión de creencias religiosas, porque casualmente se basan en la fe, y fe «es confianza ante todo y sobre todo.» como dice Unamuno: *fidele, fidelitas, confidere*. Ahora, si el lector arruga la cara, que no las descarte, y sigamos en paz, que peor es pelearse.

Cuando en tiempo de los Borbones—según dicen—fué nombrado el duque de Angulema gran maestre de la marina francesa, surgió de golpe una dificultad, y era que el Sr. Angulema se encontraba completamente disgustado con las matemáticas, al grado de no estar muy seguro de lo que era un triángulo.

Entonces se resolvió que el matemático más eminente de Francia instruyera al duque. Así se hizo, pero á las primeras de cambio el discípulo se encampanó de una manera más desastrosa, tanto, que ni con la palanca del gran sabio antiguo, hubiera sido posible moverlo, si es que al sabio le dan el punto de apoyo que pedía.

Desesperado el gran profesor y viendo que predicaba á un poste—y supongo que sudando y bufando como un maquinista en verano—se dirigió al discípulo, más ó menos en estos términos:

«¡Monseñor! os juro que lo que trato de demostraros es la verdad.»

—¡Pero, hombre!—exclamó el duque abrazándolo:—¿por qué no me lo dijisteis antes? Así nos hubiéramos librado de tanto número y líneas y de fatiga tanta.

De lo que se deduce que mejor es creer sin andar hurgando ni averiguando mucho.... con tal de que sea cierto.

MARTÍN GIL.

El placer de los dioses

¿Qué quieres?... soy así. Por el amigo
Dispuesto estoy á dar vida y hacienda;
Pero una vez lanzado á la contienda,
Implacable he de ser con mi enemigo,

Odios y amores en el alma abrigo.
El que burlado fué, que me comprenda;
Ya de mis ojos arranqué la venda
Y odios y amores morirán conmigo.

Tu consejo es injusto aunque es cristiano
Que la razón á comprender no alcanza
Que se ame al enemigo como á hermano.

Yo castigo el ultraje sin tardanza,
¿Qué quieres?... así soy, nací pagano.
Y es placer de los dioses la venganza.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Paisaje

Esfúmase en el pálido horizonte
Entre la niebla gris del caserío,
Y el torrente desbórdase bravío
Por el declive del lejano monte.

No hay en el soto quien la lluvia afronte
Que un tronco seco que arrebató el río
Llevándolo con loco desvarío
Me parece la barca de Aqueronte.

El panorama á meditar convida;
Tristeza en el hogar, borrasca afuera:
¿En dónde está la calma apetecida?

Enfermo y solo, mi alma desespera...
¿Y á esto se llama juventud y vida?
¿Y á esto se llama Abril y primavera?

FRANCISCO A. DE ICAZA.

PARA LAS DAMAS

El mismo ligero y vaporoso efecto que acentuaba tanto, las modas del invierno, se exagerarán en los sombreros para el estío. Sombreros confeccionados todos en tul, con encaje de paja pasado por alfileras y formando pequeños pufs, son en extremo populares y se exhiben en un número de formas. Las toques de tul en jaretones son preciosas, especialmente en negro con los jaretones respunteados en blanco y sencillamente adornadas con una guirnalda de jazmines blancos siguiendo muy cerca de la orilla de la vuelta ala. Discos de marfil y



lentejuelas de azabaches sembrados en tul negro ó blanco forman un adorno de novedad y sugieren lindísimos resultados cuando se emplean artísticamente. Un pompón de plumas de marabú con las puntas de azabache, es el único adorno empleado en estas toques.

Todas clases de encaje blanco se emplean en estos estilos de creaciones, chantilly, croché irlandés y una randa fina siendo los especiales favoritos, mientras que una idea muy aprobada se muestra en un encaje de cordón, sembrado con perlas. Un lazo de terciopelo negro, dispuesto á lo ancho y quizás unas cuantas rosas la France forman el algo severo adorno. Después de los sombreros blancos vienen en importancia las modas par excellence de la estación los sombreros de encaje écreu adornados con rosas rosa y cinta de terciopelo en un carmelita oro. Estos sombreros sin duda llegarán á ser favorecidos en general, especialmente cuando el ajuar comprende una toilette de pongee ó granadina en un beige claro, y ciertamente ningún ajuar del verano estará completo sin uno de estos vestidos.

Hay sombreros de flores y sombreros de follaje y los más bonitos son los hechos de follaje y frutilla ó de paja crisántemo pareciéndose mucho á los pétalos de la flor de la cual toma su nombre. Todas las formas populares como también todos los colores de moda son procurables en esta paja y en algunos casos dos matices se combinarán con buen efecto en un mismo sombrero, la combinación del coral y el cardenil siendo especialmente bonito cuando adornado con follaje verde y frutilla. Esta combinación de colores promete ser muy favorecida esta estación, los vestidos negros y blancos siendo dados un aire de distinción por atavío de vivos colores.

FIGURA Núm. 1.—Los sombreros teniendo el ala formada de rosetas de paja ó chifón son especialmente vistosos esta estación. Una sucesión de rosetas hechas de trenza de paja blanca con los centros de chifón negro dispuesto en estrechos dobleces, forma el ala de este sombrero el cual levanta al lado izquierdo y cae en la parte de atrás, sobre el cuello. La copa es de la paja negra y blanca,



entremezclada, y está cercada con un suave torcido de terciopelo negro. Dos grandes alfileres de perla y en forma de bola están pasados por el ala al lado izquierdo hacia adelante, aumentado el buen efecto.

FIGURA Núm. 2.—Este bonito sombrero de calle está hecho de paño blanco luciendo cordones encarnados y drapado sobre la forma, en estilo de plateau. Un nudo de cinta en dos tonos de encarnado y en blanco sujeta una pita encarnada que va dispuesta á través de la parte de adelante del sombrero.

CUENTO DE REYES

LA niña sueña: de su fresca boca brotan alegres sonrisas que hacen asemejarse sus preciosos labios á la roja flor de la amapola, sus rubios rizos caen en revuelta confusión sobre su torneado cuello, sirviendo de artístico marco de oro á la nivea blancura de su tez, y sus pequeñas manecitas se destacan del ondo azul celeste de la rica colcha como dos azucenas sobre el poético azul del cielo.

La niña sueña y ve en su imaginación fogosos corceles con pintorescos jaeces, donde



los tres reyes orientales llegan presurosos á colocar en sus zapatitos de raso, juguetes, dulces y deseadas sorpresas.

¡Oh cándidos sueños de la infancia, única época en que conocemos la felicidad! ¡Benditos seáis!

¡Cuántas ilusiones trae envuelta la víspera de Reyes! ¡Qué sueño tan acariciado y tan puro, el de esas imaginaciones infantiles que pueblan las calles de seres fantásticos, venidos de lejanas tierras á premiar la virtud con preciosos y ricos regalos.

* * *

Allá arriba, en la bohardilla de la misma casa, duerme otro ángel en su modesta cuna, abrigado con una obscura manta, cerca de su madre que trabaja febrilmente á la triste luz de una lámpara de aceite.

Ella es también hermosa, sus cabellos rubios y brillantes como la luz de Andalucía, forman dorado marco á una tez blanca como el armiño, su preciosa boca se parece á la roja flor de lo granada; pero sus labios no

sonrien, un pliegue, formado por el pesar los fruce, y es que la niña ve en sueños á los Reyes, contempla la blanca cabellera de Gaspar, el negro rostro del Melchor y la esbelta figura de Baltasar que pasan con sus innumerables juguetes sin detenerse á dejar ninguno en sus rotos zapatitos ni en las manos que ansiosamente les tiende.

Este penoso sueño agitó su pecho, sus labios exhalaron un suspiro, y una lágrima temblando entre sus áureas pestañas se asemejaba á una gota de rocío en la corola de una flor.

El sollozo de la niña halló eco en el amante pecho de su madre, que dirigiéndose á su esposo, le dijo con tristeza:

—Ves, Gabriel, has hecho mal en decirle que sólo para los ricos vienen los Reyes, mira que pena tiene ¡hija de mi alma! Es presiso que ella tenga también su muñeca.

—Es verdad, María,—contestó él;—pero, ¿qué quieres? No he podido reprimirme, no nos han dagado el jornal de la quincena y temo que hasta el pan falte mañana...

—No digas eso, Gabriel, para algo llevo ya tres noches sin descansar, voy á entregar mi labor y tendremos pan y la muñeca para la niña.

María se había levantado, cubrió su cuerpo con el sencillo chal de algodón y arreglando el modesto vestido de percal, se dirigió rápidamente á la calle.

Una gran decepción la esperaba; en el taller le dijeron que la maestra no volvería hasta pasada la Pascua, y la joven tuvo que dejar la labor que constituía toda su esperanza, y balbuceando algunas palabras, tomó maquinalmente el camino de su casa.

A medida que andaba, María hizo rápidamente el inventario de todo lo que poseía; no tenía nada, ni muebles ni ropas que poder llevar á la casa de préstamos para proporcionarse una miserable peseta; y contemplaba el ir y venir de las personas que acudían á comprar juguetes á los bazares, que con sus lujosos escaparates, parecían un sarcasmo de su triste suerte; y allí, en uno de ellos, estaba un precioso bebé con sus zapatitos blancos, su batita rosa y su gorro de raso y encajes. ¡Era la encarnación del sueño de su niña! ¿Qué no hubiera dado la infeliz madre por poseerla y proporcionarle á su hija aquel placer tan ardientemente deseado?

De pronto su mirada se fijó en un lujoso letrero que decía en doradas letras: «Peluquería»; un estremecimiento agitó su cuerpo, una idea salvadora cruzó su mente y como

avergonzada de su indecisión, entró con paso firme y descubriéndose la hermosa cabeza, cuyas líneas causarían la desesperación de un escultor, y mostrando su magnífica cabellera, preguntó brevemente:

—¿Qué da usted por esto?

El peluquero deslumbrado, la miró atentamente, y —Puedo darle á usted 20 reales, le dijo.

—Esta bien, contestó la joven.

El peluquero dudó un instante, le pareció un sacrilegio mutilar aquella cabeza digna de las vírgenes de Murillo; pero su indecisión sólo duró breves momentos, y las tijeras que oprimía su mano, produjeron un sonido metálico, mientras María no pudo reprimir una sonrisa que brotó á la par de sus ojos y sus labios, al ver caer la hermosa trenza de ébano que el peluquero suspendía en su mano.

* * *

Una hora después, María colocaba el bebé sobre los pobres zapatitos del ángel que dormía á su lado.

CARMEN DE BURGOS SEGÚI.

CHAPULTEPEC

Los madrileños dicen que el pulmón de Madrid es El Retiro; nosotros debemos decir que ese órgano respiratorio de México es Chapultepec.

Todas las grandes masas de población necesitan un paseo así, para expandir los ratos desocupados; para respirar libremente aire oxigenado, elemento vital que no abunda en la proporción debida en las capitales, donde el aglomeramiento de viviendas y pobladores enrarece la atmósfera, ya bastante enrarecida de suyo por las emanaciones carbonatadas de los establecimientos fabriles que tanto abundan entre nosotros y en sitios céntricos de la ciudad. Se explica la afluencia de gente que acude siempre al hermoso paseo. La mayoría son trabajadores que tienen que estar toda la semana detrás de un mostrador, ó en un taller, pegados al trabajo rudo, para ganar los cotidianos frijoles y deseando que llegué el domingo para respirar libremente, á sus anchas, en Chapultepec, y recuperar con ese reparador descanso, las fuerzas perdidas en los siete días de incesante labor.

Mi mayor distracción es irme allí todas las tardes mientras los demás trabajan. Y me las paso admirablemente, lejos del bullicio de la ciudad; paseándome despacito, como el que no tiene otra cosa que hacer, por los caminos que circundan al histórico castillo; entreteniéndome en seguir los giros que hacen las hojas en el aire cuando una ráfaga de viento desprende sus tallos sin savia de las ramas de los ahuehuétés y eucaliptus corpulentos que bordean los jardincillos ingle-

La mañana de Reyes tiene el privilegio de hacer despertar temprano á los niños, las voces, las risas, la alegría de los infantiles habitantes, traía alborotada toda la vecindad.

En el principal, la niña, con semblante llena de placer sus preciosos juguetes, y en la bobardilla, la otra niña, acariciaba la suya mientras su madre preparaba el almuerzo y su esposo le decía cariñosamente:

—Hoy me pareces más hermosa que nunca, María.

Nadie que hubiese contemplado estos dos cuadros de dicha, hubiese podido pensar que los habitantes de la pobre bobardilla eran mucho más felices que los otros.

Ellos sentían una felicidad intensa é indescriptible, una felicidad que no conocerán nunca los poderosos; la felicidad de proporcionar la alegría del hijo querido, con el fruto del trabajo ó de un sacrificio sublime.

ses, rompiendo la monotonía de sus trazos simétricos.

Muchas veces que he visto cómo caían las hojas, siguiendo la misma suerte que las que alfombraban el camino, y por una acostación de ideas muy explicable, he comparado la suerte de aquéllas á la de muchos hombres, que se ven también tambalear y tambalear, si el infortunio se ensaña con ellos, mientras que los demás hombres que pasan por su lado se preocupan por su suerte tanto como yo me preocupaba por la de aquellas hojas amarillentas que veía caer.

Un último desengaño concluye por de-



rumbarlos para siempre... y como yo holaba las hojas que alfombraban el camino, así pisotearán al desdichado, sin hacer caso de sus quejidos... ¡Buena andaría el mundo si nos fuéramos á preocupar por todos los que se quejan!... ¡Ay del vencido! ha dicho no sé quién. ¡Y qué cierto es!

JULIO VARELA

EL CASTILLO DE LOS MAGOS

SIEMPRE que cumpliendo deberes del oficio paso como simple viajero por las cercanías del pueblecito, dirijo la vista hacia aquella inmensa mole de rocas que refrenan las arrogancias del impetuoso torrente y se precipita en cascadas de espuma por entre las peñas, saltando obstáculos y como irritado por los que parecen interceptar su camino.

Sobre aquella montaña de granito, perpetuando la memoria de una raza, elevase aún,



resistiendo el paso de los siglos que no logran derruir sus almenadas torres, el castillo de los Magos, nombre con que le designan los aldeanos fundándose en una leyenda, fantástica como todas las que nos transmiten nuestros abuelos, y de la que deducen que los soberanos de Oriente se reúnen allí todos los años para organizar el reparto de obsequios á los pequeñuelos.

Es corta la narración y á propósito para la fecha que atravesamos, así que para evitar que los años hagan con mis recuerdos lo que no lograron con la antiquísima fortaleza, voy á reproducir el cuento que muchas veces oí al abuelo cuando en estas noches de nieves distraíamos la velada alrededor de chisporroteantes leños de abeto.

Hice algunos siglos habitó el castillo el Conde de Roble Negro, uno de aquellos señores para quienes no había más ley que la que podía prestarle su espada, y que postergaban todo al honor de la raza.

Amoroso como pocos de su mujer, una joven angelical, y de su hijo, un jovencito de diez años, de hermoso rostro y alma candorosa, vivía feliz el noble en aquella fortaleza donde jamás llegó un mendigo que no encontrase limosna pródiga y frases de consuelo.

Pero esta era demasiada felicidad y en la

vida es imposible disfrutarla mucho tiempo. Así que, la ponzoña de la envidia cebóse en el hogar del Conde y quien dice que uno de sus escuderos, despechado por el noble desdén con que aquella santa joven acogió proposiciones criminales, dirigió á su señor un anónimo en que delataba la infidelidad de la esposa y la ilegitimidad del hijo.

Ciego de furor, dominado por los celos y sin esperar pruebas de aquella horrible calumnia, consiguió el potentado que el dolor matase á la esposa quedando el niño en manos de aquel hombre que de cariñoso y complaciente se había tornado en huracán y casi repugnante.

Su cólera llegó hasta el extremo de prohibir al pequeño que saliera de su cámara, y cuando el angelito, ansioso de respirar, contravenía la orden, era despiadadamente azotado por su cruel padre.

Llegó la víspera de Reyes y allá á lo lejos iluminaron el espacio las llamaradas de las hogueras con que los campesinos celebran la venida de los Magos.

Paseaba el Conde por la terraza cuando sobre una de las almenas vió inclinarse una sombra. Se acercó más y, trémulo, castañeteándole los dientes de terror, vió al pequeño Baltasar que con los ojos fijos en el suelo tenía la actitud del más criminal de los reos cogido *infraganti*.

—¿Qué haces aquí bribón?—rugió el padre apretando entre sus nervudos dedos el bráctico del pequeño.

—Esperaba á los Reyes. ¿No vienen hoy?—balbuceó el niño, señalando las hogueras, que hacían de fuego el cielo á la par que su manecita levantaba una sandalia que había colocado en el pretil.

—¿De modo bribonzuelo que te burlas de mí? ¡Ah infame, te juro que he de colgarte para que te coman los gajos!

Y se acercó terrible, echando fuego por los ojos como si su adversario fuese uno de aquellos terribles morazos, con los que peleó cien veces en las vegas granadinas.

El niño retrocedió temblando, el Conde avanzó dos pasos, y de pronto faltó terreno y el pequeño abriendo los brazos dejó escapar un grito y su cuerpo fué rebotando en las rocas hasta desaparecer entre las espumas del torrente.

—A la mañana siguiente los pastores vieron balancearse de una almena el cuerpo del noble al que se picoteaban una bandada de cuervos.

Pocos días después los servidores del Conde

de Roble Negro abandonaron el castillo entregando las llaves á unos parientes de sué; y desde entonces ninguno se atrevió á penetrar en la morada maldita donde la calumnia había causado tan terribles desdichas.

Y aquí acaba la leyenda y comienza la realidad.

Desde aquella fecha la venida de los Reyes Magos no es una ficción para los aldeanos, pues no hay pequeñelo que la víspera de tal festividad no coloque en el umbral de la puerta de su casita un par de botas nuevas que á la siguiente mañana aparecen repletas de dulces, sin que en tal obsequio hayan intervenido sus cariñosos padres. La tradición aconseja que en aquella noche apenas el eco reproduce las doce vibraciones que balucea la campana de la ruinosa iglesia, no salga nadie de su casa hasta que amanezca y los rayos del sol hagan desaparecer un potente foco de luz que partiendo de la veleta del castillo, refleja las torres de la solariega mansión en las blancas tapias de las casitas del pueblo.

Yo que nada tengo de supersticioso, no puedo hacerme responsable de creer tales absurdos: antes bien me figuro que todo ello es obra de los contrabandistas que abundan mucho en aquellos terrenos y que no vacilan en invertir unas cuantas pesetas para explo-

tar la credulidad de aquellas sencillas gentes realizando así con más libertad su clandestino comercio.

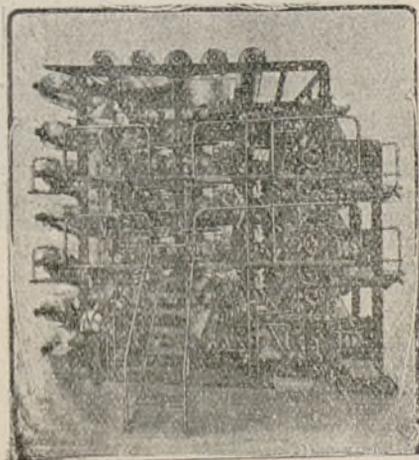


Pero ¿quién va á convencer á aquellos aldeanos de lo contrario y destruirles esos momentos de felicidad?

EDUARDO CARRÍO

MARAVILLAS DE LA TIPOGRAFIA

LA MAYOR PRENSA DEL MUNDO



La nueva rotativa de «New York Herald».

El «Herald» de Nueva York, entona un hosanna jubiloso, con motivo de haber instalado en su magnifico edificio la maquina de imprimir de mayor capacidad y más múltiple trabajo que hasta ahora se ha conocido.

Es una prensa «duodécuple», en otras palabras, equivale á doce prensas modernas sistema Web, y puede imprimir, doblar y contar cada hora *ciento cincuenta mil periódicos* de á ocho páginas, ó *trescientos mil* de á cuatro páginas.

La velocidad total con que las diversas tiras de papel recorren los departamentos de este monstruo de la tipografía y verdadera maravilla del ingenio humano, excede con mucho de la que alcanza el más rápido de los trenes expresos.

* * *

Podrá formarse idea, por el adjunto grabado, del maravilloso mecanismo de que, con justicia, se enorgullece el gran periódico neoyorquino.

RIMAS

Ausente del hogar de mis mayores,
no tengo otra ilusión, ni otra alegría,
que vivir recordando los dolores
que son vida y sostén del alma mía.

El tormento es el aire que respiro
y es el rico perfume que me halaga.
¡El daño es para mí como el suspiro
de amor, que los sentidos embriaga!

Contemplo indiferente los sucesos
que el mundo en sus festines atesora,
y es mi llanto más puro que los besos
que á la noche le da al nacer la aurora

La dicha que perdí al desengañarme,
jamás mi corazón pondrá en olvido;
¡la ausencia de ese bien podrá matarme,
mas nunca olvidaré lo que he querido!

A solas, mi dolor constante venzo
y á nadie culpó de mi suerte ingrata,
y al sentir por amor, no me avergüenzo,
que el amor, por sentir, á nadie mata.

No habrá quien, al cesar tanto delirio,
sobre mi fosa hlore de rodillas.
¡Pero tendré una cruz, la del martirio,
coronada de flores amarillas!

A través del temor, mi mente alcanza
la dicha conseguir tras los dolores,
que es la hermosa virtud de la esperanza
la reina del edén de mis amores.

Nada valgo, lo sé; pero en el hombre,
si es su escudo la fe, vive contento.
¡Por eso es la virtud mi dulce nombre
y es un rayo de luz mi pensamiento!

MARIANO GÓMEZ NAVARRO.

OTOÑAL

Del pálido otoño las ramas cantaron
con triste rumor,
la canción que las hojas dejaron
en el árbol sin fruto y sin flor.
Las tristes campanas tocando parecen
que quieren llorar;
y es el viento, gigante que mece
el sudario flotante del mar.

Crepúsculos grises derraman sus luces
de muerta ilusión,
y desnudan sus brazos las cruces
implorando la triste canción.

Detrás de las puertas de aquella ventana
que está á medio abrir,
llora el padre á la virgen temprana
que en el mundo acabó de vivir.

La lluvia menuda con múltiples gotas
azota el cristal,
y parecen las débiles notas
que salmodian algún funeral. . .

Las ramas, las hojas, las tristes campanas,
la sombra y la luz,
el gemir de las cosas humanas,
el continuo implorar de la cruz,
su canto de otoño prodigan al mundo
que empieza á sentir
ese frío del sér moribundo
que la tisis condena á morir. . .

También del otoño palpita en mi mente
la brisa glacial,
y en el alma resuena potente
convertida en atroz vendaval.

La siento, y á veces medito con calma
llorando un amor,
que el otoño que se entra en el alma
no tiene otro estío con nuevo calor.

P. SARA CARRILLO.

LAMPARILLAS

No conocí jamás un hombre honrado
que no haya merecido ser ahorcado.

Murió y descansa aquí la hermosa Elena,
víctima del delito de ser buena.

Como te tengo ya tan estudiada,
has de saber, Felisa,
que me sé de memoria tu sonrisa
y leo de corrido en tu mirada.

Me dicen que te casas, y no dudes
lo mucho que celebro tal noticia,
porque bueno es que tú también ayudes
á darle de comer á la justicia.
Pues según lo acredita el testimonio
de millones de causas criminales,

¡á no haberse inventado el matrimonio. . . .
pedirían limosna los curiales!

Como ella era virtuosa cual ninguna
y hacia el cielo, al morir, levantó el vuelo,
al verla en el vestibulo del cielo
gritó el ángel guardián: ¡Ouce mil una!

Eso de la honradez es sólo un nombre
de que hablan soñadores y poetas.
¡Me río yo de la honradez de un hombre
habiendo de por medio tres pesetas!

Me aseguran que le quieres,
y me demuestra ese amor
que aún prosiguen las mujeres
escogiendo lo peor.

MANUEL SORIANO.

LA ESTATUA DE ROCHAMBEAU

El sábado último se verificó en la ciudad de Washington una ceremonia, solemne y memorable que viene á estrechar más las relaciones de sincera amistad que tradicionalmente existen entre Francia y los Estados Unidos: la inauguración de una estatua del

to americano de la revolución en su lucha emancipadora contra Inglaterra.

El ilustre soldado francés, con seis mil hombres de tropa y apoyado por una escuadra de siete buques de línea á las órdenes del Almirante De Ternay, desembarcó en Newport el 10 de Julio de 1780.

Después de una campaña accidentada, los ejércitos francés y americano, aliados, obtuvieron el 18 de Octubre de 1781 la rendición de Lord Coruwallis, el jefe de las fuerzas inglesas, atrincherados en Yorktown, retirándose al día siguiente la escuadra británica, con lo cual quedó virtualmente terminada la guerra de emancipación de las trece colonias.

El monumento inaugurado en Washington es una reproducción del que en Junio de 1900, fué descubierto en la Vendome, donde vió la luz el ilustre militar francés.

Al acto celebrado en la capital de los Estados Unidos se hallaron presentes el Presidente Roosevelt y otros altos dignatarios americanos, y una lucida representación francesa enviada en el poderoso acorazado «Gaulois» y de la cual formaban parte el Vice Almirante Fournier, el General Brugère, los Condes de Rochambeau, descendientes del héroe y el Conde de La Fayette, cuyo antecesor peleó también en las filas americanas.

La estatua representa á Rochambeau en el acto de dirigir las tropas francesas al ataque de las posiciones de Coruwallis.

La majestuosa y artística figura descansa sobre un pedestal de gran belleza, ante el cual aparece una majestuosa matrona, Francia empuñando en la diestra una espada y sosteniendo con la otra mano las banderas enlazadas de Francia y los Estados Unidos. A sus pies se ve, con las alas extendidas, el águila de la guerra.



Estatua del Mariscal Rochambeau, inaugurada en Washington últimamente.

Mariscal Conde de Rochambeau, enviado por el gobierno de Luis XVI á auxiliar al ejérci-



NOTAS DE MI CARTERA

HÁ poco tiempo ocurrió á la Patti, en Inglaterra, una aventura de las más curiosas. Hallábase en una aldea del condado de York, y supo que se iba á organizar una fiesta de caridad á beneficio de una institución local.

La célebre cantante ofreció su concurso y con su voz encantadora y armoniosa cantó tres baladas, para las que en París ó en Londres se hubieran pagado las entradas á precio de oro.

A fin de la velada, el alcalde, para darle las gracias, la dijo solamente:—Ha cantado V. bien, señorita. Casi nos ha hecho V. olvidar al famoso Harri Hock, que no ha venido y que era el *clou* de la fiesta.

Ahora bien; al famoso Harri Hock era un titiritero que se tragaba ajujas y hacía juegos de manos con hierros enrojecidos al fuego.

La Patti, que creía haber elevado á un modesto público hasta las cimas del gran arte, se quedó con la boca abierta al oír el cumplimento. Al gran Berlioz, que no tenía siempre un carácter muy amable, le ocurrió una aventura semejante.

Una noche el genial autor de *La Diminution de Faust*, á consecuencia del fracaso momentáneo, de una de sus obras maestras, fué llevado á un restaurant del bosque de Boulogne, donde sus admiradores trataban de distraerle.

Después de los postres, el músico, algo más tranquilo, se sentó al piano y con magnífico brío ejecutó su baile de los "Tilfos." De pronto, abrióse la puerta, y se presentó un buen burgués, de frac, con una flor en el ojal, con el rostro congestionado y dijo:

—Está muy bien, muy bien lo que acaba de tocar; pero... ¿no podría usted ir un poco más de prisa? ¿No podemos bailar llevando el compás!

El desdichado Berlioz se lanzó sobre el intruso que se esquivó prudentemente.

La decepción era legítima, y mucho más cruel en una noche semejante; ¿no hubiera sido mejor tomar la cosa con indulgente filosofía?

Esto fué lo que hizo Mistrae en una ocasión semejante.

Pasaba por un pueblo de Provenza, donde sus admiradores le ofrecían una comida.

Suplicáronle que dijese uno ó dos de sus hermosos poemas y Mistrae accedió á ello de buen grado en aquel medio familiar.

Ahora bien, como la voz del poeta de "Miviella" es melodiosa, una mujer del pueblo exclamó:

—Está muy bien todo eso; pero con la voz que usted tiene sería mejor que nos cantase alguna cosa.

El dueño de la casa iba á incomodarse; pero Mistrae, con delicioso buen humor, sonrió y se puso á cantar.

¿No era esto la sabiduría suprema y la suprema bondad?

* * *

Las revistas que ven la luz en el Japón son innumerables, y este hecho está íntimamente ligado á la pasión desordenada que los japoneses sienten por toda clase de sociedades.

Durante los tiempos que precedieron al régimen actual, en el transcurso de los siglos que dará la dominación de la dinastía de los Shoyun Takuyana, estuvo estrictamente prohibida toda reunión y asociación formada por más de cinco personas.

Los japoneses, por lo que se verá, quieren recobrar el tiempo perdido.

Sólo con referencia á Tokio, se podrían enumerar fácilmente millones de sociedades de todo género, desde la Cruz Roja Japonesa, compuesta de cuatrocientos mil miembros y que funciona bajo los auspicios de la emperatriz, y desde las sociedades políticas, científicas, literarias, filosóficas, artísticas, musicales, agrícolas, médicas, femenistas, sociológicas, antropológicas, colonizadoras, de templanza, de educación, de legislación, de caridad, etc., hasta la «Sociedad de personas que usan bigote,» ó la de «los que tienen pecas de viruela.»

Un periodista europeo tuvo ocasión en Kanagawa de asistir á la fiesta solemne de la Sociedad «de personas que viajan en ferrocarril desde Yokohama á Tokio.»

La razón esencial que justifica la existencia de tantas y tan heterogéneas sociedades, consiste en proporcionar á sus adherentes ocasión para reunirse. Si el ingresante en ellas es rico, se va á cenar en alegre compañía á un restaurant de lujo; si no lo es, se satisface más democráticamente con comerse una anguila con arroz en una taberna de infima clase.

La mayor parte de estas asociaciones cifra su mayor empeño en tener su órgano en la prensa, y así se explica que tantos centenares de pequeñas revistas, intermitentes y efímeras en extremo, invadan constantemente los escaparates de los libreros.

SUEÑO Y REALIDAD

COMPARAN el sueño con la muerte. Cuantos temen despertar por no convencerse de la verdad de sus desgracias, cuantos deseamos ese estado in-



comprensible en que la imaginación nos transporta á escenas imaginarias de las que somos

protagonistas ó testigos, nos presenta seres desconocidos y nos hace entablar con ellos conversación, intimidad, odio, desprecio ó amor; por éso, cuando nos agobia el peso de una desventura, deseamos el sueño, no como reparador de nuestras fuerzas perdidas por el cansancio material, sino como bálsamo que proporciona un lenitivo al alma.

Cuantas veces, traspuestos en alas de dorados sueños, damos expansión á nuestro espíritu, hasta encontrar un lugar donde recrear nuestros sentidos y cambiamos la voluntaria prisión, las cuatro paredes tristes de nuestra rectangular alcoba, por sublimes paraísos, rodeados de verdes colinas engalanadas con frondosos árboles que forman vistosa alternativa con fértiles prados de vegetación lozana, con grandes estanques de agua cristalina; cruzando el espacio falange de aves con plumaje de caprichosos colores, que alegran con sus cantos y resuenan en nuestros oídos con armoniosa melodía; rodeándonos ninfas que ciñen coronas de esmeraldas y entonan cánticos celestiales, mientras otras contemplan su propia belleza en las aguas del caudaloso río, donde se refleja al mismo tiempo la nítida claridad de un refulgente sol; y allá en un bosque, cerca de una gruta, creemos reconocer el caballo alado habitante de Helicón, que al golpe de sus cascos hace surgir una fuente cuyas aguas despiertan el número de los poetas.

Siente asirse por un brazo, cree haberse-las con alguna ninfa que enamorada llega hasta él; pero... ¡oh! terrible desengaño; la realidad, en forma de patrona, viene á sacarlo de aquella fantástica ilusión; su voz cascada le indica que hay relojes y por lo tanto que ya ha llegado la fatídica hora de ir á la oficina, donde han de sustituir á las preciosidades imaginarias, pensativos compañeros con la cabeza baja, entregados á las rutinas oficinescas ó la resolución de problemas de economía particular á las cantoras y bonitas aves, las impertinentes y pesadas moscas; á las verdes colinas cubiertas de corpulentos árboles, grandes montones de expedientes sin resolver; y en mesa aparte y con fruncido ceño, sustituye al caballo alado de los montes Helicón, el jefe que, al golpe de sus puños sobre su pupitre, hace surgir la insubordinación de sus empleados.

Habitantes del celeste Imperio que habéis descubierto el modo de proporcionaros sen-

dos ratos de felicidad completa con esos dulces y orientales sueños que produce el para nosotros repugnante opio, si bien es verdad que esos momentos de letargo, de embriaguez sublime, os proporcionan prematura muerte,

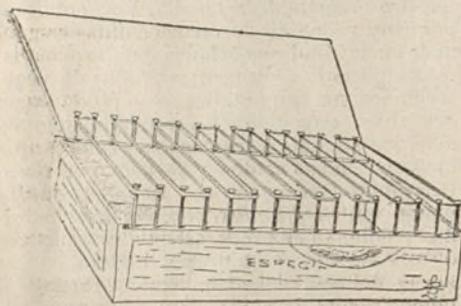
habéis sabido separaros de la vida de la terrible realidad, que á nosotros nos lleva al mismo fin, usando de más tristes medios. En una palabra; os envidiamos, porque vivís soñando.

ERNESTO TEGLEN BORBÉN.

PARA LOS NIÑOS

MUSICA BARATA

SABEN ustedes, mis pequeños lectores, que hay música oculta en casi todos los objetos que les rodean, y que fácil-



mente pueden ustedes dar audiciones de ella con poco esfuerzo que hagan para ello?

Ya crecerán ustedes y cuando estudien las audiciones vibratorias de los objetos, descubrirán todo el poder de la armonía y de la música.

Por ahora, nosotros les indicaremos la manera de proveerse de instrumentos baratos, con los que podrán conseguir muchas y variadas notas, con las que les aconsejamos usen un poco de prudencia para evitar los coscorrones maternos que se ganarán, si abusando del hallazgo filarmónico, dan la lata en sus casas con el instrumento que podrán construir si siguen al pie de la letra nuestras indicaciones.

Consiganue unas fajas elásticas y una caja de tabacos, vacía, y con esos elementos y algunos más, que ya les iremos indicando, podrán hacer un harpa extraña y original.

La forma del instrumento no será muy graciosa que digamos; pero pueden ustedes

tener más verdadera distracción con él, que la que tuvo David con el suyo.

Después de tener la caja y los elásticos, clavarán ustedes (si no tienen inconveniente) unos clavos delgados en los bordes de ella, según lo indica nuestro grabado; y después de hecha esa operación, que no dirán ustedes que es muy peliaguda, estirarán los elásticos, uniendo dos clavos de cada lado. Se nos olvidaba decir que las fajas deberán ser de distintos anchos para que haya diversidad de sonidos. Sin olvidar esa advertencia, las tocarán ustedes de mayor á menor y tendrán ya concluido su instrumento, que pueden empezar á tocar cuando gusten, rozando las cuerdas con una pluma de ave ó con un mondadientes.

Ahora vamos á otro:

Como que en toda orquesta medianamente instrumentada, nunca debe faltar el piano, vamos á enseñarles la fabricación de uno:

Empezarán ustedes por unir unas cuantas botellas vacías. Cósanlas después con algodón grueso, sobre un cartón, no sin haberlas graduado antes para saber qué tonalidad arrojan y poderlas colocar por orden en el



cartón, porque si no no hay escala posible.

Luego, con un mazo de madera, podrán ustedes manejar á su gusto las notas que arroja el piano improvisado.



AL VUELO

Tío Frasquito! ¡tío Frasquito! ¡al fin me ha oído usted!

—Camará, pos cualquiera, ni que fuá sor-do. Digasté que como llevamos el abono de gritas, ya no jase uno caso; manque oiga gritá.

—Siempre están ustedes los aficionados lo mismo, mucho hablar mal de toros y tore-ros; y luego, ¿para qué? para que llegue el domingo, y á la plaza.

—La costumbre, arma mía, pero créame osté, dende que er Guerra se fué pá casa, ná y ná güeno sá visto, porque er que paecía que se traía argo, ya ve osté por donde nos ha salio.

—¿Supongo que eso lo dirá usted por el Fuentes?

—A ver qué vida, ¿pos, por quién vá sé? Antonio es er que atorea más de los que quean. Y . . . ya sabraste er refrán que dise que, en tierra e siegos. . . .

—¿Pues no decían que el Conejo iba á cam-biar la onza y que. . . .?

—Sí, se disen muchas cosas; pero como er chico ha tenio la desgrasia cá tenio, pós, ahí tié osté.

—Hombre, el que está haciendo buena campaña en provincias es Montes.

—Sí, sí, por provincias tó se güelven ova-ciones y orejas y aluego vienen á Madrid y m'alegro verlo güeno. Y es que en provin-cias aplauden toas las estocás, siempre y cuando que sean hasta er puño, man que sean golletazos y no tien presente, cá veces vale más una media; y sinó vayasté á vé «La Go-bernaora,» verá como tengo rasón.

—¿Y qué tiene que ver la obra de Bena-vente con las estocadas?

—Pos ná, porque allí un señó de pueblo dise que á él siempre le parece buena faena, cuando er toro muere de una estocá, y tié que jaserle vé una gachi, que sale la diferencia de una caida á una contraria.

—¡Ah! En fin, no le entretengo más porque usted iba de prisa. Sin duda algún asunto. . .

—Cá, no señó, iba á vé ar gachó ese de los Peros, conque, á la pa é Dio y m'alegro verlo güeno.

—Vaya usted enhorabuena.

—¿Ya está usted de vuelta, Sr. Frasquito?

—Aquí estamos ya, si señó, aburrio y ye-no é rabia al vé cómo van las cosas.

—¿Pues qué, el de los Peros. . . .

—¡Salio pera, compare é mi arma! ¡Ay qué esaborisión más grande.

—¿No torea?

—Cá de toreá, figúrese osté que le visten á Aguilera de corto y lo sacan á la plaza.

—Pos esó.

—¿Pero entonces todo ha sido una guasa?

—Osté lo ha dicho.

—¿Y el Morenito chico?

—Er chico, hombre, er chico; no se traiga orté más choteo, que bastante nos han sor-tao. . . .

—¿De modo que no ha habido nada sa-liente?

—Le diré á osté, como no sea er sable de un guardia, ¡camará y que modo de soltá le-ña! Y total por ná, por qué se echaron al ruego los capitalistas.

—¡Hombre no quería decir eso! Quería de-



cir que si no ha habido nada notable, algo digno de anotarse.

—Notable, notable, ¡ah sí, allí en la grada del uno estaba D. Amós Salvaor. . . .

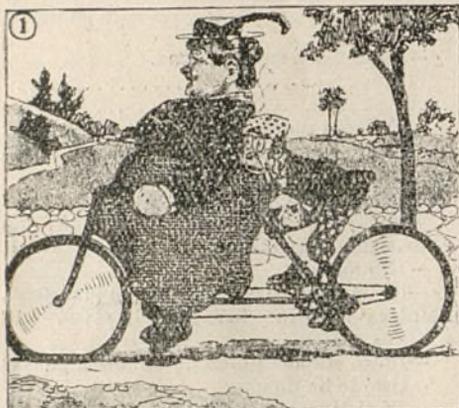
—¡Vaya una notabilidad!

—Que quié osté, á falta de pan. . .

EL DE LOS ESTOQUES.



El infanticidio de la otra noche



En la crónica roja de un diario, leí una noticia que ponía los pelos de punta: «Una mujer había dado muerte por asfixia, á una hijita suya, de año y medio.»

Aficionado como buen *repórter*, á averiguar muchas cosas más de las que se dicen, fui al domicilio de la infanticida en busca de informes. Y los que conseguí, me hicieron entristecer.

De la chuchara abundante de las comadres de vecindad saqué en limpio algo de lo que yo me temía.

«Se resiste uno tanto á creer que haya madres criminales que maten á sus hijos!»

María, que este es su nombre, había enviado á los pocos meses de haber dado á luz á la niña que mató. Uno tras otro fueron desapareciendo del pobre hogar los escasos muebles que lo adornaban y cuando llegó el día inevitable en que le faltó el alimento, y se encontró en la calle, sin tener que comer, y afecta de una tuberculosis cavitaria que le estaba minando el organismo, ya endeble á fuerza de insomnios y privaciones, tomó una decisión que no califico, porque si me obligaran á hacerlo, diría que fué humanitaria y no quiero que se escandalicen muchos que entienden esas cosas de muy distinta manera.

Hablé con ella en la cárcel y me dió lástima su estado de postración.

Debió de gustarle mi *conversación* (gusta tanto hablar con quien nos comprenda); y cuando me despedí de ella me rogó que escribiera algo de lo que le había yo dicho, muy distinto de lo que había oído á los jueces y letrados que juzgan todo de muy distinta manera que los que emborronamos cuartillas, porque no saben de historias de almas.

«Me faltó valor, nos decía entre sollozos la pobre mujer, si no me habría matado yo también.»

Y lo creímos.

Mató á la hija para que no sufriera, y cuando quiso matarse ella se encontró con que ya no apretaban las manos que apretaron el cuello de su hija «para que dejara de sufrir en el mundo.»

Necesitó todo el valor de mujer y de madre para matar «á su alma» ¿y qué queda en un cuerpo si le falta el alma?

PASCUAL ROSAS.

Tehuacán.

LA POSTERIDAD

Mi vecino don Casiano,
hombre ya de cierta edad,
que está algo chillado, tiene
la manía original
de hacerse célebre, y para
sus propósitos lograr
se ha hecho literato, al ver
la gran popularidad
que escribiendo muchos necios
han conseguido alcanzar.

Y porque en varios periódicos
ha colaborado ya,
á la posteridad dice
que su nombre ha de pasar.

.....

La otra tarde sucedió
que tuve necesidad
de meterme en cierto sitio
que no se puede nombrar,
y allí colgados de un clavo
encontré ¡oh fatalidad!
unos versos de mi amigo!

.....

¿Quién se atreve ahora á dudar
que el nombre de Don Casiano
pasa á la *posteridad*?

A. SÁNCHEZ CARRERE.

El comerciante

que no anuncia, deja libre el puesto
á sus competidores.



En el Vocabulario

del comerciante, anunciar y vender
son sinónimos.



Presente Usted

artísticamente sus anuncios. La in-
dustria no está reñida con el arte.



Anunciar una cosa

con chabacanería, es desprestigiarla.

Pida Ud. nues-
tras Tarifas, y es-
tamos seguros
que anunciará
sus artículos en

©
A
R
R
A
S



©
A
R
R
E
T
A
S



MENUENCÍAS

x En un juicio de faltas.

Comparece un sujeto acusado de haber dicho borrica á su mujer.

Y á las observaciones del juez replica el procesado:

—¿Es decir, señor Juez, que á una señora no se le puede llamar borrica?

—No.

—¿Y á una borrica se le puede llamar señora?

—No hay ningún inconveniente.

—Entonces,— dirigiéndose á ella:—á los pies de usted, señora.

x —Con un específico de mi invención,— decía un médico,— he conseguido hacer oír á un sordo de nacimiento.

—¡Maravilloso específico! Y diga usted, ¿qué impresión le produjo al enfermo cuando advirtió que oía?

—Se volvió á quedar sordo.

Pasaba un entierro, y un curioso impertinente, abriéndose camino entre la multitud que le ve pasar, se introduce en el cortejo fúnebre y pregunta á uno de los circunstantes:

—Puede usted decirme ¿quién es el muerto?

—Sí, señor, le contesta sencillamente:—el que va en la caja.

—Oiga usted, buen hombre; ¿voy bien para ir á la plaza del mercado?—preguntó una labriega muy aseada á un paleta muy sucio.

—De sobra,— respondió éste—ahora mismo vengo yo de allí, y ya ve usted mi pinta:

—Señorita, me atreveré á suplicar á usted que...

x —Caballero, lo siento mucho; pero tengo comprometidos todos los bailes.

—Perdone usted, señorita; no es para bailar: es que está usted sentada encima de mi sombrero.

Bellezas literarias.

En una novela histórica titulada «*María de Médicis*» se lee lo siguiente.

«Antes de 1667, París permanecía de noche en la más completa obscuridad.

«El alumbrado público, que aún no existía, hacía aún la noche más oscura.»

En un baile de sociedad.

—¿A quién anuncio?

—Al Sr. Valverde.

El lacayo, levantando la cortina:

—¡El señor Marqués de Valverde!

—¡Pero hombre, si no soy marqués!

—No importa: es un encargo de mi señora.

+ El zapatero detiene al médico.

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Muy mal; tendré que cortarle ambas piernas.

—¡Por Dios! no lo haga usted hasta que no me pague un par de botas que le estoy concluyendo.

En una reunión de socialistas á la que acude Gedeón, uno de los compañeros empieza de este modo su discurso:

—Compañeros: el pueblo está oprimido. Y ¿qué debe hacer un pueblo cuando se encuentra oprimido?

—Aflojarse,— interrumpió Gedeón.

No es necesario decir que no pudo continuar, porque otro compañero le tapó la boca de un puñetazo.

Solución al jeroglífico del número anterior: *Sobrehumano*.

Castellana y Gran Via

UNIDAS

Rodrigo, Zaráuza y Cia.

Primera del Refugio, núm. 18. México

Quando necesite usted alguna confección de ALTA NOVEDAD debe dirigirse á estos **Grandes Almacenes** para poder comprar un objeto de buen gusto, pues entre las últimas novedades recibidas de París, encontrará usted magníficas

**Salidas de Teatro --- Artísticos Abanicos
Guantes de Suecia**

Finísimos Pañuelos de Fantasía, Elegantes Sombrillas. Los más nuevos modelos de Sombreros para Señoras y Niñas.

Hermosos Estuches con delicada Perfumería

Un hermoso surtido de Ropa Blanca para Señoras y Niños.

Magníficas Telas de Seda para vestidos y blusas de señora, últimas novedades y todo clase de

ARTÍCULOS DE FANTASIA

No olvide usted que los Almacenes de

Castellana y Gran Via Unidas

están situados en la Primera Calle del Refugio número 18. México.

DISPONIBLE

ULTIMAS NOVEDADES

Recibidas por la

LIBRERIA ESPAÑOLA

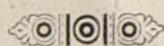
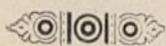
DE JACINTO GIL

- FRAY CANDIL.**—Grafómanos de América. 1.50
WUNDT.—Compendio de Psicología. 4.50
DANVILA.—Luisa Isabel de Orleans 1.75
CORBITEE.—Satiricón 1.00
FRIAS.—Leyendas y tradiciones queretanas. 2.50
ECA DE QUEIROS.—El mandarín. 0.50
MORENO.—Esgrima Española. 1.50
VAZQUEZ.—Agenda Taurina. 0.50
E. PARDO BAZAN.—Cuentos de Navidad y Reyes. 1.75
SANCHEZ DE OCAÑA.—Legislación minera 8.00
MURO.—El Practicón, XVII edic. 3.00

1^{ER} CUPON
DE
"CARAS Y CARETAS"

Los subscriptores de esta Revista pueden adquirir con este cupón cualquiera de las siguientes obras, con un cincuenta por ciento de rebaja, enviando libranza postal á esta Administración, ó á la Librería Española de Jacinto Gil, Calle del Cinco de Mayo, 4, México.

- TRUEBA.**— El gabán y la chaqueta 3.50
— Mari-Santa. 2.00
V. DE LA VEGA - Obras escogidas 0.75
SELGAS.— El Angel de la guarda.
tomos 3.50
CASTELAR.— Ricardo.— 2 tomos 4.00



LA TUBERCULOSIS

Curación Pronta y Radical

Preventivo especial para evitar las pulmonías, catarro pulmonar é intestinal

Tifo y Pulmonía en 24 Horas por el Especialista Jose M. Hidalgo

Testimonios de más de mil personas curadas

VEANSE ALGUNOS

México, barrio de S. Lorenzo,

Sr. José M. Hidalgo.

México.

Muy Sr. mío:

Habiéndosele declarado á mi hija Luz, de 19 años de edad, la tuberculosis pulmonar y que ningún Médico la pudo aliviar, ni el Dr. Miramón que últimamente la estuvo curando, viendo que no tenía alivio me resolví á ponerla en manos de usted, y he visto con satisfacción, su completo alivio en menos de tres meses.

Por lo que manifiesto á Vd. por medio de ésta mi gratitud, ofreciéndole recomendar su admirable medicina como la única infalible para esta terrible enfermedad, ofreciéndome á sus órdenes en esta su casa como el más agradecido de sus servidores que A. S. M. B.

SIMÓN FRANCO.

México, Febrero 16 de 1900.

Sr. José M. Hidalgo.

Mi respetable señor:

Dirijo á Vd. la presente para manifestarle mis agradecimientos por su medicina tan eficaz, pues habiéndole atacado tifo y pulmonía á mi hija Luz, ocurrió á su específico y á las 24 horas como lo ofrece Vd. en sus anuncios estaba bien, y habiendo recaído por mi descuido á los dos días le repetí la medicina y hoy la tengo muy aliviada. Por lo que le felicito á Vd. por el bien tan grande que le hace Vd. á la humanidad, ofrezco recomendarlo y manifestar ante la sociedad lo infalible de su medicina. Quedo á sus órdenes de Vd. en esta su casa calle de la Machincuepa núm 18 vivienda 4.

S. S.—MARGARTO NORCHAGARAY.

México, 14 de Marzo de 1900.

Sr. José M. Hidalgo.

Muy apreciable señor:

Habiéndose enfermado mi mamá de pulmonía ocurrió á Vd. y con bastante admiración hemos visto que á las 24 horas desapareció la enfermedad como lo ofrece Vd. en sus anuncios: le doy á Vd. las más expresivas gracias por su eficacia ofreciendo recomendarlo manifestando la realidad de los hechos quedando á disposición en esta su casa como su más agrdecida de sus servidores. Calle de Chavarría número 19.

S. S.—LORENZA R. VDA. DE MARTÍNEZ

México, Julio 3 de 1897.

Sr. José M. Hidalgo.

Mi apreciable señor:

Tengo el gusto de manifestarle á usted por medio de ésta mi gratitud por su medicina tan eficaz para el tifo, pues mi sobrina Carmen Vidal á las 24 horas de tomarla arreglado al modo de usarla, quedó enteramente aliviada, para satisfacción de usted envió la presente para que de ella haga el uso que le convenga quedando á su disposición como su más adicto y agradecido S S—VICENTE GARDUÑO.

Quedo á sus órdenes en el Puente Blanco número 5 vivienda número 19.

C. de Vd. México, Marzo 23 de 1893.

Mi apreciable señor:

Esta es con el fin de darle á usted las gracias por su medicina tan eficaz pues con una botella que me tomé según su indicación se me cortó la pulmonía que hacia tres días que sufría y para satisfacción de Vd. y bien de la humanidad le suplico publique la presente ofreciéndome á su disposición en esta su casa Rinconada de San Diego número 14.—S. S. S. ALBERTO AMARILLAS.

Consultorio Cerrada de la Misericordia núm. 16. México.

JOYERIA RELOJERIA

EL RUBÍ

RICARDO H. SANCHEZ

IMPORTADOR de los
mejores ALHAJAS y RELOJES
DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

VENTAS
AL POR MAYOR Y MENUDEO

TALLER DE RELOJERIA JOYERIA Y CRABADO.

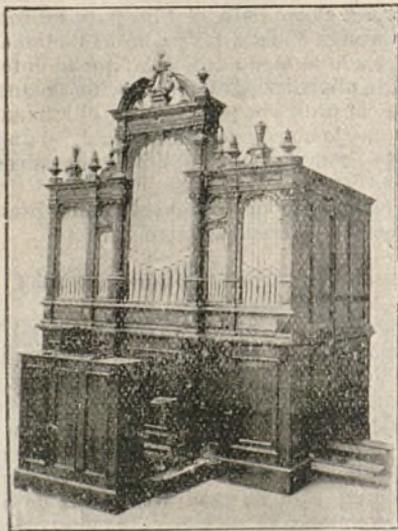
20 Coliseo Viejo n° 20 MEXICO



Repertorio de Música y Almacén de Pianos
DE OTTO Y ARZOZ
Vergara, 12. México

Esta casa recibe todas las novedades de música española por ser los únicos representantes de la casa "Dotesa" de Madrid pudiendo venderla á precios sumamente baratos, que la ponen á salvo de toda competencia.

Pianos, mandolinas, guitarras, castañuelas, etc.



Organo del Conservatorio N. de Música, importado por la casa Otto y Arzo.

EL
HAREM

Casa de Baños, Modelo

Servicio de toda clase de Baños
desde las cinco de la mañana
hasta las diez de la noche

COLISEO NUEVO
Núm. 11




CARAS Y CARETAS

teléfono, 1190.

Oficinas, Chavarría, 5, México, D. F.

Apartado, 21 bis.

Precios de Suscripción

EN LA CAPITAL		EN LOS ESTADOS	
Número suelto del día.....	\$ 0 10	Número suelto del día.....	\$ 15
„ atrasado.....	0 20	„ atrasado.....	0 30
Trimestre.....	1 25	Trimestre.....	1 80
Semestre.....	2 50	Semestre.....	3 50
Año.....	5 00	Año.....	7 00

Las suscripciones deberán abonarse por trimestres adelantados.



Si los hermanos Bustillo no importaran "San Vicente" de tifo se moriría mucha, mucha, mucha gente.

Gran Negocio en Puebla

Se traspasa el acreditado **HOTEL BARCELONA**, el que cuenta con un crédito bien sentado en toda la República; da una ganancia líquida de más de quinientos pesos mensuales. No se admiten ofertas á plazos ni tampoco se dan detalles por carta. Se traspasa dicha negociación por tener que ausentarse del país su dueño.

ACADEMIA DE IDIOMAS

Método Berlitz Racional



Calle del Seminario, núm. 6

MEXICO



De las STANDARD DISTILLING and DISTRIBUTING Co., de Nueva York

No admiten competencia.—Premiados en todas las Exposiciones.—Marcas recomendables por su baratura y calidad inmejorable:

Royal Standard.—Jockey Club.—Golden Cheaf
ACME SPECIAL.
Pidanse Precios

Agentes Generales, Quintín Gutiérrez y Cía.

Seminario y Plaza de Armas
MEXICO

EL SURTIDO DE APARATOS
Y ACCESORIOS PARA LA



FOTOGRAFIA

De J. Labadie Suc. y Cia.

No tienen igual en toda la República;

No se reduce únicamente á aparatos americanos, pues además de comprender lo mejor en esta clase y procedencia, abarca las producciones de los más afamados fabricantes europeos, tales como Bellieni, Richard, Joux, Mackenstem, Demaria, etc., etc.

LAS PLACAS CRAMER

están reconocidas como las mejores por fotógrafos y aficionados. Sus Agentes

J. Labadie Suc. y Cia.

las suministran siempre frescas y á precios que no admiten competencia.

Descuentos considerables por cantidades

5 - PROFESA - 5

México

Número suelto: | En la Capital, 10 centavos
| En los Estados, 15 „